

## CAPÍTULO 17

Al día siguiente, cuando Nílovna, cargada con su fardo, llegó a la puerta de la fábrica, los guardias la detuvieron violentamente, le ordenaron dejar sus cacerolas en el suelo y la examinaron con minuciosidad.

—Se va a enfriar la sopa—dijo ella tranquilamente, mientras registraban sus ropas con todo descaro.

—¡Cállate! —replicó un guardia, con voz áspera.

El otro, empujándola ligeramente por un hombro, dijo con convicción:

—Te digo que los echan por la valla.

El primero que se acercó a ella, fue el viejo Sisov. Miró cautelosamente en torno y le preguntó en voz baja:

—¿Has oído lo que dicen, madrecita?

—¿Qué?

—¡Las proclamas! ¡Han vuelto a aparecer! Las han esparcido por todas partes, como la sal en el pan. ¡De poco les han servido las detenciones y los registros! A Mazin, mi sobrino, lo metieron en la cárcel. ¡Bueno! ¿Y ahora? También se llevaron a tu hijo. Pues ahora ha quedado bien claro que no eran ellos.

Se agarró la barba en la mano, miró a Pelagueia y dijo, alejándose:

—Ven por mi casa. Debe ser aburrida la soledad.

Ella le dio las gracias, y, mientras pregonaba su mercancía, se puso a observar atentamente la extraordinaria efervescencia que reinaba en la fábrica. Todos los obreros parecían excitados, formando grupos que se dispersaban en seguida, corriendo de un taller a otro. En el aire, cargado de hollín, había un soplo de audacia y valentía. Aquí y allá se oían gritos de aliento, exclamaciones irónicas. Los obreros

de más edad sonreían con cautela. Los capataces iban y venían, preocupados. Los policías corrían y, al advertir su presencia, los trabajadores se separaban lentamente o, quedándose donde estaban, cortaban la conversación, mirando en silencio a los rostros irritados y furiosos.

Los obreros parecían todos recién lavados. La alta silueta del mayor de los Gúsev aparecía en todas partes; su hermano lo seguía como una sombra, y reía a carcajadas.

Junto a la madre pasaron sin apresurarse el maestro del taller de carpintería, llamado Vavílov y el punzonador Isái. El punzonador, menudo, delgado, la cabeza levantada y el cuello inclinado a la izquierda para mirar al carpintero, de rostro abotargado e impasible, hablaba con vivacidad, y su barba se agitaba:

— Mire, Iván Ivánovich, se ríen; para ellos es agradable esto, aunque se trate de un asunto que, como dijo el señor director, se refiere a la destrucción del Estado. Aquí, Iván Ivánovich, lo que hace falta no es escardar, sino arar...

Vavílov caminaba, con las manos a la espalda, apretados con fuerza los dedos.

—Imprime todo lo que quieras, hijo de puta —dijo en voz muy alta—, pero no se te ocurra hablar de mí.

Vasili Gúsev se acercó a Vlásova diciendo:

— Voy a comer otra vez de lo que tú vendes. ¡Es muy sabroso!

Y bajando la voz, agregó, guiñándole el ojo:

— Ha puesto el dedo en la llaga. ¡Bien, madrecita, muy bien!

La madre asintió meneando cariñosamente la cabeza. Le agradaba que aquel mozo, el mayor granuja del arrabal, hablara con ella en secreto, tratándola de usted; le agradaba, en general, la agitación de la fábrica, y se decía para sus adentros:

— Si no hubiera sido por mí ...

Cerca de ella se pararon tres cargadores, y uno de ellos, sin alzar la voz, dijo con pena:

—No he encontrado nada en ninguna parte.

—Habrá que leerlas en voz alta. Yo no sé leer, pero veo que les han hecho el efecto de un golpe en las costillas —observó otro.

El tercero lanzó una mirada a su alrededor y propuso:

—Vamos a las calderas.

—¡Surten efecto! —susurró Gúsev, guiñándole un ojo.

Pelagueia volvió a casa contenta.

— Allí se lamenta la gente de que no sabe leer —le dijo a Andréi—. Y yo, ya ve, cuando era joven sabía, pero se me ha olvidado.

—Hay que volver a aprender —dijo el jojol.

—¿A mi edad? ¡Para que la gente se ría!

Pero Andréi tomó un libro del estante y preguntó, señalando una letra del título con la punta del cuchillo:

—¿Qué letra es ésta?

— La r —respondió ella riendo.

—¿Y ésta?

—La a...

Se sentía incómoda y ofendida. Creía ver risa y burla en los ojos de Andréi, y desvió la mirada. Pero la voz de él sonó dulce y tranquila, y su rostro estaba serio.

—Pero, ¿será posible, Andriusha, que, en realidad, se proponga usted enseñarme? — preguntó, riéndose involuntariamente.

—¿Por qué no? Si sabía usted leer, le será fácil recordar. El proverbio dice: “No hay milagro, no hay problema. Hay milagro, ¡mejor!”

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—También dicen: No se vuelve uno santo a fuerza de mirar íconos.

—Ah, sí —dijo el jojol, moviendo la cabeza—. Los refranes no faltan. El que dice: Menos se sabe, mejor se duerme, ¿no es también verdadero? El estómago piensa con refranes; con ellos pone bridas al alma, para manejarla mejor. ¿Y ésta, qué letra es?

— La l —respondió la madre.

— ¡Bien! ¡Mírelas qué separadas están! ¿Y esta otra?

Concentrando la mirada, frunciendo penosamente las cejas, iba recordando con dificultad las letras olvidadas, y, sin darse cuenta, entregada por entero a sus esfuerzos, se olvidó de todo lo demás. Pero en seguida se le cansaron los ojos. Primero aparecieron lágrimas de cansancio; después, fluyeron abundantes lágrimas de pesar.

—¡Aprender las letras! —dijo, estallando en sollozos—. ¡Aprender a leer a los cuarenta años!

—No hay que llorar — dijo el jojol en voz baja, con cariño —. Usted no podía vivir de otro modo, y, sin embargo, ahora comprende que vivía mal. Hay miles de personas que podrían vivir mejor que usted y, sin embargo, son como bestias, ¡y encima se vanaglorian por ello! ¿Y qué hay de bueno en que hoy el hombre trabaje y coma, y mañana vuelva a trabajar y a comer, y así durante todos los años de su vida? Entre tanto, engendra hijos; primero, lo divierten; luego, cuando los chicos se ponen también a comer mucho, se irrita, los maltrata y les dice: Dense prisa en crecer, glotones, ¡ya es hora de que empiecen a trabajar! Querrían hacer de sus crías animales domésticos, pero las crías se ponen a pensar en sus propias tripas, ¡y de nuevo tiran de la vida con la misma desgana con que el ladrón tira de sus grilletes! No hay más hombre verdadero que el que rompen las cadenas que sujetan su razón. Ahora, también usted, en la medida de sus fuerzas, se ha unido a esta tarea.

—No hable de mí —suspiró ella—. ¿Cómo voy yo a poder?

—¿Por qué no va a poder? Esto es como la lluvia: cada gotita da de beber a un grano de trigo. Usted comenzará a leer...

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Se echó a reír, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación.

—Sí, ¡usted estudie...! Vendrá Pável, y usted... ¿eh?

—¡Ay, Andriusha! —dijo ella—, cuando uno es joven, todo es sencillo. Pero cuando pasan los años, se tiene mucha amargura, poca fuerza y ninguna cabeza...

## CAPÍTULO 18

Al anochecer el jojol se marchó. Pelagueia encendió la lámpara y se sentó junto a la mesa para zurcir medias. Pero en seguida se levantó, dio algunos pasos indecisos, fue a la cocina, cerró la puerta de entrada con llave, y, la frente cruzada por un pliegue de preocupación, volvió a la habitación. Corrió las cortinas; después tomó un libro del estante, se sentó de nuevo a la mesa, paseó su mirada por la habitación, se inclinó sobre las páginas, y empezó a mover los labios. Cuando de la calle llegaba algún ruido, cerraba temblorosa el libro y escuchaba atentamente. Y de nuevo, con los ojos tan pronto cerrados como abiertos, murmuraba:

« La ve y la i: vi; la de y la a...»

Llamaron a la puerta. La madre se levantó con precipitación, arrojó el libro sobre el estante y preguntó ansiosa:

—¿Quién es?

—Yo...

Entró Ribin. Alisó gravemente su barba, y observó:

— Antes dejabas entrar a la gente sin preguntar quién era. ¿Estás sola?

— Así es.

— Creí que estaba en casa el jojol. Hoy lo he visto... La prisión no corrompe a un hombre. La estupidez; eso es lo que corrompe a casi todos.

Se sentó y dijo:

—Bueno, hablemos un poco...

Tenía un aire grave y misterioso que infundía a la madre una vaga inquietud.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Todo cuesta dinero—comenzó con su pesada voz—. Nada se hace por nada, ni siquiera nacer o morir. Los folletos y las hojas, cuestan. ¿Sabes de dónde sale el dinero, quién los paga?

—No lo sé — repuso la madre en voz queda, presintiendo algún peligro.

— Así es. Yo tampoco lo sé. En segundo lugar, ¿quién escribe esos folletos?

— Gente leída...

—¡Señores! ¡Eso es! — profirió Ribin; su rostro barbudo se puso colorado y en tensión —. Así que son señores los que escriben y distribuyen los folletos. Y en esos folletos se escribe contra los señores. Ahora dime, ¿qué provecho sacan en gastar el dinero para levantar al pueblo contra ellos mismos, eh?

La madre agitó los párpados y gritó espantada:

—¿Qué estás pensando...?

—¡Ah! — dijo Ribin, y se revolvió pesadamente en la silla, como un oso —. ¡Eso es! A mí también me dio frío cuando llegué a esta conclusión.

—¿Es que has oído algo...?

—¡Engaño! ¡Huelo el engaño! No sé nada, pero aquí hay un engaño. Eso es. Los señores están tramando algo. Y yo necesito la verdad, yo la he comprendido. Y no quiero alianzas con los señores. Cuando me necesitan, me empujan ante ellos para que mis huesos les sirvan de puente para ir más lejos.

Sus sombrías palabras atenazaban el corazón de la madre.

—¡Dios mío! —exclamó transida de angustia—. ¿Será posible que Pável no lo comprenda? y todos los demás que...

Surgieron ante ella los rostros serios y honrados de Egor, de Nikolái Ivánovich, de Sáshenka, y se le estremeció el corazón.

—¡No, no! —dijo, moviendo negativamente la cabeza—. No puedo creerlo. Ellos siguen su conciencia.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¿De quién estás hablando? —preguntó Ribin pensativo.

—De todos, de todos los que conozco, sin excepción.

—¡No mires ahí, madre, mira más lejos! —dijo Ribin, bajando la cabeza—. Los que se han acercado mucho a nosotros, puede que tampoco sepan nada. ¡Ellos creen que debe ser así! Pero puede que haya otros, detrás de ellos, que no busquen más que su propia ventaja. El hombre no trabaja en contra de sí mismo sin algún motivo.

Y con su obstinada convicción de campesino, añadió:

— De los señores, ¡nunca vendrá nada bueno!

—¿Qué has decidido? —preguntó la madre, nuevamente presa de la duda.

—¿Yo? —Ribin la miró, calló un momento y repitió—: Que hay que mantenerse a distancia de los señores. ¡Eso es!

Y volvió a guardar silencio, sombrío.

— Hubiera querido arrimarme a los muchachos para trabajar con ellos. Sirvo para ese asunto, sé lo que hay que decir a la gente. Eso es. Pero ahora me voy. Como no puedo creer, tengo que irme.

Bajando la cabeza, reflexionó.

—Me iré yo solo, por las aldeas, por las cabañas... Levantaré al pueblo. Hace falta que sea el propio pueblo quien actúe. Si comprende, encontrará su camino. Yo trataré de hacerlo comprender, que no debe confiar más que en sí mismo, de que no hay más razón que la suya. ¡Eso es!

La madre se compadeció de Ribin y sintió horror por su suerte. Siempre le había sido desagradable, pero ahora le parecía que, de pronto, le era ya más cercano, y dijo en voz queda:

—Te atraparán...

El la miró y respondió tranquilamente:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Me atraparán... y me soltarán. Y volveré a empezar.

— Los propios mujiks te entregarán atado y tendrás que estar en la cárcel.

— Estaré y saldré. Y vuelta a empezar. Los mujiks me atarán una vez, dos, pero acabarán por comprender que no hay que entregarme, sino escucharme. Les diré: No me crean, pero escúchenme. Y si me escuchan, ¡me creerán!

Hablaba lentamente, como pesando cada palabra antes de pronunciarla.

—Aquí, últimamente, he rumiado mucho y comprendido muchas cosas...

—¡Morirás, Mijaíl Ivánovich! — dijo tristemente la madre, moviendo la cabeza.

Fijó en ella sus ojos oscuros y profundos, en actitud de interrogante espera. Su vigoroso cuerpo se inclinó hacia adelante y se apoyó con las manos en el asiento de la silla; su faz curtida parecía pálida, enmarcada por la barba negra.

—¿Sabes lo que dijo Cristo acerca del grano de trigo? Si no mueres, no resucitarás en una nueva espiga. Me falta mucho aún para morir. ¡Soy muy astuto!

Se removió en la silla y se levantó sin apresurarse.

— Me voy a la taberna, estaré un rato entre la gente. El jojol no viene. ¿Ha empezado ya a moverse?

—Sí —dijo sonriente la madre.

—Es lo que hace falta. Repítele lo que te he dicho.

Salieron lentamente a la cocina y cambiaron algunas palabras sin mirarse.

—Adiós, entonces.

—Adiós. ¿Cuándo te despides del trabajo?

—Ya está hecho.

—¿Y cuándo te vas?

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Mañana temprano. ¡Adiós!

Ribin se inclinó y, torpón, salió de mala gana al zaguán. Durante unos momentos la madre permaneció quieta en el umbral, prestando oído a los cansinos pasos que se alejaban y a las dudas que se habían despertado en su pecho. Luego, volvió despacio a la habitación, levantó el visillo y miró por la ventana. Tras los cristales se alzaba una niebla inmóvil, negra.

—Vivo de noche —se dijo.

Sentía compasión de aquel mujik serio, tan robusto, tan fuerte.

Andréi llegó, animoso y alegre. Cuando ella le contó la visita de Ribin, él exclamó:

— Bueno, pues que se vaya por las aldeas, que haga resonar la campana de la verdad, que despierte al pueblo. Estar con nosotros le es difícil. Le han crecido en la cabeza ideas suyas, de mujik, y las nuestras no le caben en ella...

—Mire, en lo que ha dicho de los señores hay algo de cierto —dijo ella prudentemente—. Con tal que no nos engañen...

—¿Eso la inquieta? —exclamó el jojol riendo—. ¡Ay, madrecita, el dinero! ¡Si lo tuviéramos! Todavía no hacemos más que vivir a costa ajena. Mire, Nikolái Ivánovich gana al mes setenta y cinco rublos, y nos entrega cincuenta. Y así hacen todos. Hay estudiantes que pasan hambre y que nos mandan, cuando pueden, un poco de dinero, reunido kopek a kopek. En cuanto a los señores, hay de todas clases, desde luego. Unos engañan, otros se dejan llevar, pero los mejores están con nosotros.

Se frotó las manos y prosiguió con vehemencia:

—¡Nuestra victoria no llegará todavía, pero, en la espera, ¡vamos a preparar un modesto Primero de Mayo! Será muy alegre...

Su animación desterró la inquietud que había sembrado Ribin. El jojol paseaba por la habitación frotándose la cabeza con las manos, y decía, mirando al suelo:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Sabe, a veces siento en mi corazón una vitalidad extraordinaria. Me parece que, allá donde vaya, encuentro camaradas ardiendo en el mismo fuego, todos alegres, buenos, serviciales... Nos comprendemos sin palabras. Vivimos todos en armonía y cada pecho canta su canción. Todas estas canciones corren como arroyos que se vierten en un solo río, y el río fluye, ancho y libre, hasta el mar ¡el mar de la clara alegría de la vida nueva!

La madre procuraba no moverse para no distraerlo, para no interrumpir su discurso. Lo escuchaba siempre con más atención que a los demás: hablaba con mayor sencillez y sus palabras llegaban con más fuerza al corazón. Pável no hablaba nunca de cómo veía el porvenir. En cambio, éste, le parecía a ella que tenía siempre en el porvenir una parte de su corazón; eran sus discursos como un cuento fantástico acerca de la gran fiesta que para todos habría en la tierra. Ese cuento le esclarecía, a la madre, el sentido de la vida y el trabajo del hijo y de todos sus camaradas.

—Y cuando se vuelve a la realidad —dijo el jojol sacudiendo la cabeza—, y uno mira a su alrededor, todo es frío y sucio. Todos están cansados, iracundos...

Continuó con profunda tristeza:

—Es humillante, pero hay que desconfiar del hombre, temerle... e, incluso, odiarlo. El hombre es complejo. Desearíamos amarlo solamente, pero, ¿cómo es posible? ¿Cómo perdonar a quien se precipita sobre ti como una bestia salvaje, que no reconoce la existencia de tu alma viva, y que patea tu rostro de criatura humana? ¡Imposible perdonar! Y no se puede, no por uno; yo soportaría todas las injurias, pero no quiero ser indulgente con los opresores, no quiero que en mis espaldas aprendan a golpear a los demás.

Ahora brillaba en sus ojos un resplandor frío. Inclino la cabeza con aire obstinado y continuó con más firmeza:

— No debo perdonar nada que sea dañino aunque a mí no me perjudique. ¡Yo no estoy solo en la tierra! Hoy dejo que me ultrajen, sin responder al ultraje, y me limito a reírme, porque no me duele; pero mañana, el ofensor, que ha probado en mí su fuerza, intentará despellejar a otro. Por eso hay que distinguir entre los hombres, hay que tener un corazón firme y decirse: éste es de los míos, aquel es un extraño. Es justo, pero doloroso.

Sin saber por qué, la madre recordó a Sáshenka y al oficial, y dijo suspirando:

—¿Qué pan se puede cocer de una harina sin cerner?

—Esa es la desgracia —dijo Andréi.

—Sí...

De pronto, en la memoria de Pelagueia se alzaba ahora la figura del marido, hosca, sombría, pesada como una gran piedra cubierta de musgo. Se representaba al jojol casado con Natasha, y a su hijo, unido con Sáshenka.

—¿Y de dónde viene eso?—prosiguió Andréi, entusiasmándose—. Es tan claro que hasta da risa. Viene simplemente de que no todos son iguales. Pues bien, pongamos a todos en un mismo plano. Compartamos equitativamente todo lo que ha sido hecho por la razón, todo lo que ha sido fabricado con las manos. ¡Y nos liberaremos de la esclavitud del miedo y de la envidia, de las cadenas de la codicia y la estupidez!

El jojol y la madre conversaban frecuentemente así. Andréi, que había sido readmitido en la fábrica, entregaba todo su salario a Pelagueia, y ella lo tomaba con la misma sencillez que si viniera de las manos de Pável.

A veces, con la sonrisa en los ojos, Andréi proponía a la madre:

—¿Leemos un poco?

Ella se negaba, bromeando pero obstinada. La sonrisa de Andréi la confundía, y, un poco irritada, pensaba: «¿Para qué, si te hace reír?» Pero le preguntaba, cada vez con más frecuencia, lo que significaba tal o cual palabra más culta y que le era desconocida. Preguntaba sin mirarlo, con voz indiferente. Él adivinaba que ella estudiaba sola, a escondidas, y comprendiendo su vergüenza, dejó de proponerle que leyera con él. Al poco tiempo, la madre le confesó:

—Pierdo vista, Andriusha. Necesito unas lentes.

—Muy sencillo. El domingo iremos juntos a la ciudad, la llevaré al médico y tendrá usted sus lentes.

## CAPÍTULO 19

Tres veces había solicitado ya permiso para ver a Pável, y las tres había recibido una negativa amable del general de gendarmes, un viejo de pelo blanco, mejillas rojas y nariz grande.

—Dentro de una semana, buena mujer, no antes. Dentro de una semana, veremos, pero ahora es imposible.

Era redondo y gordito, y recordaba una ciruela madura, un tanto pasada, cubierta de moho. Escarbaba continuamente sus dientes, blancos y menudos, con un afilado trocito de madera amarilla. Sus ojitos, redondos y verdosos, sonreían afectuosamente, y su voz tenía un tono amable, amistoso.

—Es muy educado —dijo la madre al jojol—. Siempre sonrío.

—¡Oh, sí! Son muy educados y muy sonrientes. Les dicen: Ahí tienen un hombre inteligente y honrado que nos es peligroso, ¡ahórquenlo! Sonríen y lo cuelgan, y después vuelven a sonreír...

—El que hizo el registro en casa era menos complicado. Se veía en seguida que era un canalla.

— Ninguno de ellos es hombre, sino martillos para golpear a la gente y ensordecirla. Instrumentos. Sirven para trabajar al pueblo, a fin de que funcione mejor. Ellos mismos están hechos a la medida de la mano que nos dirige: pueden ejecutar todo lo que se les mande, sin reflexionar, sin preguntar el porqué.

Por fin, se concedió a Pelagueia la autorización. El domingo llegó al locutorio de la cárcel y se sentó tímidamente en un rincón. En la sucia y estrecha habitación de techo bajo, había otras personas esperando la hora de la visita. Indudablemente, no era la primera vez que venían: se conocían unos a otros. Entre ellas se entabló una conversación en voz baja y arrastrada, tejida de quejas y comadreos, viscosa como una telaraña.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¿Han oído? —decía una mujer obesa, de rostro marchito, con un saco sobre las rodillas—. Esta mañana, en la misa de alba, el maestro de capilla casi le arranca una oreja a un niño del coro.

Un hombre de cierta edad, vestido con uniforme de militar retirado, tosió ruidosamente y replicó:

—Los niños del coro son unos impertinentes.

Un hombrecillo calvo, de piernas cortas y brazos largos, mandíbula saliente, recorría la habitación a zancadas, como si tuviera mucho que hacer. Sin pararse, decía con voz cascada e inquieta:

—La vida está cada vez más cara, por eso la gente es cada vez más mala. La carne de vaca, de segunda, está a catorce kopeks la libra; el pan está otra vez a dos y medio...

A veces, entraban presos grises, todos iguales, con pesados zuecos de cuero. Cuando penetraban en la habitación semioscura, empezaban a parpadear. A uno de ellos le resonaban los grillos en los pies.

Todo tenía una extraña calma y una desagradable sencillez. Parecía que todos estaban acostumbrados a semejante atmósfera desde hacía mucho, y que se resignaban con su situación. Unos se sentaban tranquilamente, otros montaban una perezosa guardia, otros, cansados y puntuales, venían a visitar a los presos. El corazón de la madre palpitaba impaciente: miraba perpleja todo cuanto la rodeaba, llena de asombro ante aquella asfixiante simplicidad.

Junto a Vlásova estaba sentada una viejecilla de rostro arrugado y mirada joven. Alargando su flaco cuello, prestaba oídos a la conversación y miraba a todo el mundo con pintoresco aire de provocación.

—¿A quién tiene usted aquí? —le preguntó Pelagueia en voz queda.

—A mi hijo. Es estudiante —respondió rápidamente la vieja en alta voz—. ¿Y usted?

— También a mi hijo. Es obrero.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¿Cómo se llama?

—Vlášov.

— No lo he oído nombrar. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Más de seis semanas...

—¡Y el mío más de diez meses! — dijo la vieja, y en su voz Vlášova percibió algo extraño, parecido al orgullo.

—Sí, sí —decía nerviosamente el viejito calvo—. La paciencia se agota... Todos se enfadan, todos gritan, todo va subiendo de precio y, por consiguiente, las personas bajan de valor. Ya no se oyen voces conciliadoras.

—Absolutamente cierto —dijo el militar—. ¡Qué desorden! Hace falta que se alce una voz fuerte y ordene de una vez: ¡A callar! Eso es lo que hace falta. Una voz fuerte...

La conversación se hizo general y más animada. Cada cual se apresuraba a exponer su opinión sobre la vida; pero todos hablaban a media voz, y la madre percibía en todos algo que le era extraño. En su casa se hablaba de otra manera, más comprensible, más sencilla y en voz más alta.

Un vigilante grueso, de barba cuadrada y roja, gritó su apellido, la miró de pies a cabeza y se alejó cojeando, tras haberle dicho:

—Sígueme.

Ella lo siguió, y hubiera querido darle un empujón en la espalda para que fuera más de prisa. En un cuartito vio a Pável que, sonriendo, le tendía la mano. La madre agarró aquella mano, se rió parpadeando y, sin encontrar palabras, dijo suavemente:

—Buenos días..., buenos días...

—Tranquilízate, mamá.

Le estrechó fuertemente la mano.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡No es nada!

—Tú, la madre —llamó el carcelero resoplando —, retírate: que haya distancia entre ustedes.

Y bostezó ruidosamente.

Pável le preguntó por su salud, por su casa ... Ella esperaba otras preguntas; las buscaba en sus ojos, pero no las encontraba. Estaba tranquilo como siempre, aunque un poco más pálido, y sus ojos parecían más grandes.

—¡Sáshenka te manda saludos!

Los párpados de él temblaron, se dulcificó su expresión y sonrió. Una aguda amargura hirió el corazón de la madre.

—Te soltarán pronto —dijo ella, humillada e irritada—. ¿Por qué te han encerrado? De todos modos, los folletos esos han vuelto a aparecer.

Los ojos de Pável brillaron de alegría.

—¿Otra vez? — preguntó con premura.

—Está prohibido hablar de esas cosas — declaró el carcelero con voz cansina—. Solamente asuntos de familia.

—¿Acaso no son éstos asuntos de familia? —replicó la madre.

— Bueno, yo no lo sé. Lo único que sé es que está prohibido —insistió indiferente el carcelero.

—Háblame de la familia, mamá —rogó Pável —. ¿Qué haces?

Ella, sintiendo una especie de juvenil ardor, contestó:

— Llevo a la fábrica toda clase de cosas...

Se detuvo y continuó, sonriendo:

—Sopa, harina, todo lo que guisa María y otros alimentos...

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Pável comprendió. Le empezó a temblar la cara de la contenida risa, se echó el pelo hacia atrás y, cariñoso, con una voz que ella no le había oído nunca, dijo:

—Está bien que tengas una ocupación, así no te aburres.

—Y cuando volvieron a aparecer esas hojas, ¡a mí también me registraron! — declaró Pelagueia, no sin jactancia.

—¡Otra vez con lo mismo! —exclamó el carcelero enfadado—. ¡Ya he dicho que está prohibido! Se priva de libertad a un hombre para que no se entere de nada, y tú, ¡a lo tuyo! Hay que comprender que lo que está prohibido, está prohibido.

—Bueno, no hablemos más de eso, madre —dijo Pável—. Matvéi Ivánovich es un buen hombre y no hay que enfadarlo. Nos llevamos bien los dos. Es casualidad que esté hoy aquí: corrientemente es el director quien asiste a las entrevistas.

—La visita ha terminado — declaró el carcelero, mirando el reloj.

—¡Bueno, gracias, madre! -dijo Pável—. Gracias, madre querida. No te preocupes, Pronto me pondrán en libertad...

El hijo la abrazó con fuerza y la besó. Y ella, dichosa y conmovida, se echó a llorar.

—¡Sepárense! —dijo Matvéi. Y gruñendo, acompañó a la madre—. No llores..., lo soltarán. Sueltan a todos... Ya no hay dónde meterlos...

De regreso en casa, animada y sonriente, dijo al jojol:

— Le he hablado con habilidad. ¡Lo ha comprendido!

Y suspiró con tristeza.

—¡Comprendió! Si no, no me hubiese acariciado como lo hizo... ¡Nunca me había acariciado así!

—Ah, eso es muy propio de ustedes —dijo Andréi riendo—. Todo el mundo busca algo, pero una madre busca siempre las caricias.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡Si supieras, Andriusha..., las gentes que van allí —exclamó ella con súbito asombro— qué acostumbradas están! Les han arrancado a sus hijos, los han llevado a la cárcel, y ellos como si nada: van, se sientan, esperan, hablan unos con otros... ¿Eh? Si hasta la gente instruida se habitúa tan bien, ¿qué decir entonces del pobre pueblo?

—Eso es comprensible, —repuso el jojol, con su sonrisa de siempre—, para ellos la ley es siempre más blanda que para nosotros, y ellos la necesitan más que nosotros. Tanto, que cuando la ley les da un golpecito en la frente, fruncen el ceño, pero no demasiado. El palo propio pega con más suavidad.

## CAPÍTULO 20

Una noche que la madre estaba sentada a la mesa tejiendo medias, y el jojol leía en voz alta la historia de la sublevación de los esclavos romanos, alguien llamó violentamente a la puerta. Andréi abrió y entró Vesovchikov, con un petate bajo el brazo, la gorra sobre la nuca, cubierto de barro hasta las rodillas.

—Pasaba y vi luz en la ventana. Entré a darles las buenas noches. ¡Vengo directamente de la cárcel! — declaró con una voz extraña y, agarrando la mano de Vlásova, se la sacudió con fuerza, diciendo: —Pável le manda saludos.

Después, vacilante, se dejó caer sobre una silla, recorriendo la habitación con su mirada sombría y desconfiada.

A la madre no le resultaba agradable. En su cabeza angulosa y rapada, y en sus ojitos, había algo que la había asustado siempre, pero ahora se alegró, y sonriente y afectuosa, dijo vivamente:

—¡Has adelgazado! Andriusha, vamos a darte té ...

— Ya estoy preparando el samovar — contestó el jojol desde la cocina.

— Bueno. ¿Y cómo está Pável? ¿Han soltado a alguno más, o sólo a ti?

Nikolái bajó la cabeza y respondió:

—Pável sigue allí: paciencia. Sólo me han soltado a mí.

Levantó la cabeza, miró a la madre y continuó despacio, apretando los dientes:

—Les he dicho: «ya tengo bastante, déjenme en libertad. Si no, mato a alguien, y luego me mato yo...» Y me soltaron.

— Vaya, vaya — dijo la madre, apartándose, y al encontrarse su mirada con los ojos de Nikolái, agudos y estrechos, pestañeó sin querer.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¿Cómo está Fedia Masin? —gritó el jojol desde la cocina —.¿Escribe versos?

—Sí. No lo comprendo —dijo Nikolái, moviendo la cabeza— ¿ Es un jilguero o qué? Lo meten en una jaula, ¡y canta! Solamente hay una cosa que comprendo: que no tengo ganas de ir a casa.

—Desde luego. ¿Qué vas a encontrar allí? —dijo Pelagueia pensativa—. Está vacía, el horno apagado, todo helado...

Él guardó silencio, entornando los ojos. Sacó del bolsillo una cajetilla y se puso a fumar lentamente, mirando las grises volutas de humo que se disipaban ante su rostro, y estalló en una risa sombría, semejante al aullido de un perro.

—Sí... glacial, así debe estar. En el suelo, cucarachas heladas. Hasta los ratones habrán reventado de frío. Pelagueia Nílovna, ¿me dejas que pase la noche en tu casa, puedo quedarme? — preguntó sordamente, sin mirarla.

—¡Pues claro, querido! —dijo ella vivamente. Se sentía molesta, cohibida, en su presencia.

— Ahora son tiempos en que los hijos se avergüenzan de sus padres...

—¿Cómo? —preguntó la madre estremeciéndose.

El le lanzó una ojeada, cerró los ojos y su rostro picado de viruela pareció, de pronto, el de un ciego.

—Los hijos empiezan a sentir vergüenza de sus padres, ¡eso es lo que digo! — repitió lanzando un ruidoso suspiro—. Pável no se avergonzará de ti nunca. Pero yo me avergüenzo de mi padre. No iré nunca más a su casa. Ya no tengo padre..., ni casa. Estoy en libertad vigilada, si no, ya me hubiera marchado a Siberia. Allí libertaría a los deportados y organizaría la fuga...

Con su sensible corazón, la madre comprendía que el joven sufría, pero su dolor no despertaba compasión en ella.

— Pues si es así... ¡más vale marcharse allá! —dijo ella, para no ofenderlo con su silencio.

De la cocina salió Andréi e inquirió, riendo:

—¿Qué andas predicando ahí, eh?

La madre se levantó y dijo:

— Hay que preparar algo para comer.

Vesovchikov miró fijamente al jojol y declaró de pronto:

—Pienso que hay gentes a quienes es preciso matar.

—¡ Oh, oh...! ¿Y por qué?

— Para que no existan.

El jojol, alto y seco, de pie en medio del cuarto, se balanceaba sobre sus piernas y miraba a Nikolái de arriba abajo desde su elevada estatura, con las manos en los bolsillos. Vesovchikov estaba acurrucado en la silla, envuelto en una nube de humo, y en su rostro grisáceo iban apareciendo unas manchas rojas.

—¡A ese Isái Górbov le arrancaré la lengua! ¡Ya lo verás!

—¿Por qué?

— Para que no haga más de espía, ni vaya a delatar. Por causa suya es mi padre lo que es; por su culpa está a punto de volverse un soplón —dijo Vesovchikov, mirando a Andréi con sombría hostilidad.

—¡Vaya, hombre! —exclamó el jojol—. Pero, ¿quién te puede echar eso en cara? ¡Sólo los imbéciles!

—¡Los imbéciles y los inteligentes, están embadurnados con la misma mirra —dijo con firmeza Nikolái—. Mira, tú eres inteligente, y Pável también; pero yo, ¿acaso soy para ustedes como Fedia Masin o como Samóilov o lo que son los dos el uno para el otro? No mientas, de todos modos no te creeré... Todos ustedes me dejan de lado, me ponen aparte.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Tienes el alma enferma, Nikolái —dijo el jojol en voz baja y cariñosa, sentándose junto a él.

—La tengo. Y también ustedes... Sólo que sus llagas les parecen más nobles que las mías. Todos somos, unos para otros, unos canallas; esto es lo que yo digo. Y tú, ¿qué puedes decirme? ¡Vamos!

Clavó en Andréi su aguda mirada y esperó, los dientes descubiertos en una mueca burlona. Su rostro picado era impasible, pero los gruesos labios se agitaban temblorosos como si algo se los quemase.

—¡No te diré nada! —dijo el jojol, y la sonrisa triste y cálida de sus ojos azules, acariciaba la mirada torva de Vesovchikov—. Sé muy bien que discutir con un hombre cuyo corazón sangra, no sirve más que para ofenderlo. ¡Lo sé, viejo hermano!

—Conmigo no se puede discutir: no sé discutir —gruñó Nikolái, bajando la vista.

— Yo creo que todos hemos andado descalzos sobre vidrios rotos —prosiguió Andréi—, que cada uno, en sus horas negras, ha ardido en el mismo fuego que tú en este momento...

—¡Tú no puedes decirme nada! —dijo lentamente Vesovchikov—. ¡En mi interior, el alma aúlla como un lobo!

—No quiero yo eso. Todo lo que sé, es que se te pasará. Quizá no en seguida, pero pasará.

Sonrió y, dando a Nikolái una palmada en el hombro, continuó:

— Esto es una enfermedad infantil; una especie de sarampión, hermano. A todos nos ha atacado; a los fuertes, menos; a los débiles, más. Nos domina cuando el hombre se encuentra a sí mismo, pero no ve aún la vida ni su puesto en ella. Le parece a uno que es como el único pepino bueno sobre la tierra y que todos se lo quieren comer. Y luego, al cabo de algún tiempo, te darás cuenta de que lo que de mejor hay en ti, se encuentra asimismo en los otros, que no son tan malos..., y esto te consuela. Te avergüenzas un poco por haber trepado al campanario para agitar tu

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

campanita, tan pequeña que ni siquiera se oye cuando suena la campana gorda de los días de fiesta. Luego, te das cuenta de que tu campanita se oye en el coro general, pero que si suena sola, las campanas mayores la ahogan en su estrépito, como se ahoga una mosca en aceite. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Puede que lo comprenda —Nicolái bajó la cabeza—. Sólo que... ¡no lo creo!

El jojol se echó a reír, se incorporó de un salto y empezó a dar por la habitación ruidosas zancadas.

—Bueno, yo tampoco lo creía. Eres un zoquete.

—¿Por qué un zoquete? —preguntó Nikolái, con sombría sonrisa, mirando al jojol.

—Porque sí: lo pareces.

De pronto Vesovchikov rompió a reír ruidosamente, abriendo la boca de oreja a oreja.

—¿Qué te pasa? —interrogó el jojol extrañado, deteniéndose frente a él.

—Bueno, me estaba diciendo que el que te insulte será un maldito imbécil.

—¿Cómo, insultarme? —replicó el jojol, encogiéndose de hombros.

—No sé —dijo Vesovchikov, entre bondadoso y condescendiente—. Quería decir solamente que cualquiera que te insulte, debe sentirse después muy avergonzado.

—¡Ah, ahí es donde querías llegar...! —dijo Andréi riendo.

—¡Andriusha! —llamó la madre desde la cocina.

Andréi fue allá.

Al quedar solo, Vesovchikov lanzó una ojeada a su alrededor extendió su pierna calzada con una pesada bota, la examinó, se inclinó, palpó su gruesa

pantorrilla, luego se llevó la mano a la cara, mirando atentamente la palma y luego el dorso. Era una mano robusta, de dedos cortos y recubierta de una pelusa rubia. La agitó en el aire y se levantó. Cuando Andréi volvió con el samovar, Vesovchikov, que estaba de pie ante el espejo, lo recibió con estas palabras:

—No me veía la jeta desde hacía mucho tiempo.

Sonrió con ironía y añadió:

—Es una jeta repugnante.

—¿Y por qué te importa eso? —dijo Andrés, mirándolo con curiosidad.

—¡Sáshenka dice que la cara es el espejo del alma! —articuló lentamente Nikolái.

—¡No es cierto! —exclamó el jojol—. Ella tiene la nariz ganchuda, los pómulos como tijeras, y sin embargo, su alma es como una estrella.

Vesovchikov lo miró y sonrió. Se sentaron a tomar el té. Vesovchikov tomó una papa gorda, echó abundante sal sobre un trozo de pan y se puso a masticar despacio, con el sosiego de un buey.

—¿Y cómo van las cosas aquí? —preguntó con la boca llena.

Y cuando Andréi empezó a contarle alegremente el auge de la propaganda en la fábrica, de nuevo sombrío, observó:

—Es muy largo todo eso, muy largo. Hay que ir más de prisa.

La madre lo miró y volvió a experimentar un sentimiento hostil hacia aquel hombre.

—La vida no es un caballo, ¡y no se la puede hacer avanzar a latigazos! —dijo Andréi.

Pero Vesovchikov sacudía tercamente la cabeza.

—Demasiado largo. ¡No me alcanza la paciencia! ¿Qué voy a hacer?

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Separó los brazos en un gesto de impotencia, miró al jojol y calló, aguardando una respuesta.

—Todos debemos aprender, y enseñar a los demás, ¡esa es nuestra misión! —pronunció lentamente Andréi.

—¿Y cuándo vamos a pelear?

—Antes recibiremos muchos golpes, no lo ignoro —sonrió el jojol—. Pero cuándo será preciso luchar, ¡eso no lo sé! Mira, primero hay que armar la cabeza, y luego las manos: esta es mi opinión.

Nicolás continuó comiendo. La madre observaba a hurtadillas su ancho rostro, esforzándose en hallar algo que la reconciliase con él, con aquel tipo macizo, tallado a golpes de escoplo. Y al tropezar con la mirada penetrante de sus ojitos, movía las cejas con timidez. Andréi parecía intranquilo; tan pronto se soltaba a hablar como rompía a reír y, cortando de pronto su discurso, empezaba a silbar. La madre creía comprender su inquietud. Nikolái seguía sentado en silencio, y cuando el jojol le preguntaba algo, contestaba brevemente, con visible desgana.

Los dos moradores del cuartito se sentían a disgusto, sin aire suficiente, estrechos, y tanto uno como otro lanzaban alternativamente miradas al huésped. Por fin, éste se levantó y dijo:

—Quisiera acostarme. Me pasé encerrado mucho tiempo, de pronto me soltaron y eché a andar. Estoy cansado.

Nicolái se marchó a la cocina, allí se movió un poco, y cuando se hizo un repentino silencio, como si se hubiera muerto, la madre, aguzando el oído, cuchicheó a Andréi:

—Piensa cosas terribles...

—¡Es un muchacho difícil! —asintió el jojol moviendo la cabeza—. Pero se le pasará. Yo también fui así. Cuando el corazón no quema bien, se le acumula el hollín. Acuéstese, madrecita: yo me quedaré un rato leyendo.

Ella se fue al rincón donde estaba su cama, oculta con una cortinita de percal, y Andréi, sentado a la mesa, estuvo escuchando durante largo rato el cálido susurro

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

de sus oraciones y suspiros. Volviendo rápidamente las páginas de su libro, enjugaba febrilmente su frente, retorció el bigote con sus largos dedos, movía las piernas. El péndulo del reloj latía, el viento gemía en la ventana.

Se oyó la tenue voz de la madre:

—¡Dios mío! Cuánta gente hay en el mundo... y cada uno se queja a su manera. ¿Hay alguien que tenga alegría?

—¡Los hay, ya los hay! Y pronto habrá muchos, ¡muchos! —respondió como un eco el jojol.